
PRÓLOGO

«¿Busca usted a The Queen of Amman? Pues ya me ha encontrado». Madian al-Jazerah se está acabando de tomar un café americano y me hace un gesto para que me siente a su mesa. Con sus cincuenta años, su frente ancha y su perilla blanca bien recortada, me recuerda a Randy Jones, el *cowboy* de Village People.

El Books@Café está situado en la esquina de la calle Omar Bin al-Jattab con la Rainbow Street, en el centro de Ammán, la capital de Jordania. «Ya sé que me llaman la Reina de Ammán, es mi apodo, pero le aseguro que aquí, en este país musulmán, no hago proselitismo. Soy gay y no lo oculto, pero no quiero llamar demasiado la atención. No ando por ahí con la *rainbow flag* desplegada. He creado este local alternativo. Es simplemente un café *gay friendly*». Madian al-Jazerah es uno de los homosexuales más emblemáticos del mundo árabe y su bar, el Books@Café, un milagro en tierra de islam, un oasis, una excepción, un misterio. Tal vez un espejismo.

¡No hay más que ver el nombre de la calle! «En una época, Al-Rainbow Street era como una especie de Campos Elíseos de Ammán. Luego llegó la depresión y el barrio perdió su encanto. Los precios bajaron. Vinieron los artistas y con ellos las galerías de arte, los cines... y los gays. Poco a poco, el barrio volvió a ponerse de moda y hasta se convirtió en bohemio pero burgués. Es lo que se llama la “*gentrification*”. Pero el nombre de la calle no tiene nada que ver con la bandera gay, es una simple coincidencia», me dice Madian al-Jazerah. Le propongo no mencionar su verdadero nom-

bre en mi libro para no exponerlo inútilmente. «No, al contrario, puede citarme. No tengo miedo. La notoriedad me protege. Y al fin y al cabo —me suelta sonriendo—, la Reina de Ammán no se esconde».

Se accede al Books@Café por un pequeño patio, a la sombra de los naranjos en flor, en la planta baja de una casa señorial. A falta del esplendor de antaño, el edificio conserva algo del caos oriental. Primero se entra en una librería (la arroba forma parte del nombre del lugar, pues también es un cibercafé). En las estanterías hay libros en árabe y en inglés, CD y DVD. Veo varias películas gays de culto: *Brokeback Mountain* del taiwanés Ang Lee, *Adiós a mi concubina* del chino Chen Kaige o *Mi hermosa lavandería* de Stephen Frears. Un poco más allá, un doble DVD de la serie de HBO, *Angels in America*, la adaptación televisiva de la célebre obra del dramaturgo gay judío americano Tony Kushner. «No es una librería gay», objeta sin embargo Madian al-Jazerah, mostrándome unas guías turísticas, unos *best sellers* y una sección de cómics para niños. Entre las novelas, encuentro *Los hijos de la medianoche* de Salman Rushdie (pero no *Los versos satánicos*), el libro de Edward W. Said sobre el «orientalismo» y un texto de la estadounidense Susan Sontag dedicado al sida. Y en una estantería, bien a la vista, veo la novela *El edificio Yacobián* del egipcio Alaa al-Aswany, un magnífico fresco que describe una casa *art déco* de El Cairo, opulenta y cosmopolita, verdadero microcosmos cultural, donde conviven todas las generaciones y clases sociales, los pachás y los coptos, y naturalmente los heteros y los gays. Me digo a mí mismo que hoy se podría escribir una novela aquí, en este café, que es una especie de edificio Yacobián moderno.

Detrás de la caja de la librería hay una escalera discreta. El bar está en el primer piso y, mientras que la planta baja es estrecha y enclaustrada, el club resulta inmenso. Consta de una sucesión de cuatro salas que se prolongan en dos amplias terrazas, visiblemente ganadas a los tejados, provistas de vidrieras asimétricas colocadas a diferentes niveles. En verano, se está fresco y a la sombra; en invierno, da el sol y se está resguardado. Ora al aire libre, ora bajo unos toldos multicolores. Desde las terrazas, se di-

visa la ciudad de Ammán, blanca y ocre, sus colinas, sus mezquitas iluminadas de verde, sus barrios burgueses y sus campos de refugiados palestinos.

Madian al-Jazerah es de origen palestino. Su familia, descendiente de beduinos, procede de San Juan de Acre, hoy Acre, al norte de Israel. Sus padres se instalaron en Yenín, en Cisjordania, antes de huir de los territorios palestinos ocupados y exiliarse en Kuwait, donde él nació. «Yo me he criado en el desierto, con el respeto por la cultura de los beduinos. Y aunque mi familia era una familia culta, tengo algo de nómada. Me sigue emocionando la belleza del desierto. El desierto no miente». Expulsados de nuevo, sus padres emigraron a Jordania. «Ser palestino es eso», resume. «Siempre estás un poco exiliado, sin patria. Nunca estás en tu casa».

En los años setenta, Madian va a parar «de forma natural», como él dice, a Estados Unidos, donde estudia Arquitectura en la Oklahoma State University, luego vive en California y finalmente se instala en la costa Este. «Cuando eres palestino, no estás nunca mucho tiempo en un sitio. Y Estados Unidos es la tierra prometida. Es como en la película *América, América* de Elia Kazan: yo también creí en el sueño americano».

En Nueva York, en los años ochenta, este *sexual-liberationist* abre el Frisbee, un bar árabe en un barrio *gay friendly*. Al cabo de diez años, hará lo contrario en Ammán: abrir un café *gay friendly* y americanizado en una ciudad musulmana.

El Books@Café es un concentrado del mundo árabe gay. Durante el día, parece un *coffee shop* alternativo californiano, con el añadido del humo perfumadísimo del narguile. Un exiliado iraquí, que da la impresión de estar muy inseguro, se pasa allí las tardes consultando Internet a la espera de obtener los papeles para trasladarse a Beirut. Un sirio que se ha criado en Dubái repasa sus apuntes de la Universidad de Ammán. Un jordano «de pura cepa» (según su expresión, para que no lo confundan con un palestino) hojea unos folletos de *Study in the USA* apilados a la entrada de la librería. Un joven de buena familia, que según me dicen es un príncipe, lleva una camiseta Abercrombie & Fitch y me propone

rebautizar este café como «You Mecca Me Hot», un juego de palabras que me provoca una carcajada. Un azafato de British Airways —un *hummus queen*, que es como llaman aquí a los blancos que se lo hacen con los árabes— charla con un grupo de hombres, uno de los cuales estudia para dentista en la Universidad Americana de El Cairo. En cuanto a Mohamad, que lleva una kefia de cuadros rojos, vive en el campo de refugiados de Jabal el-Hussein en Ammán y me advierte de que se niega a beber Coca-Cola o a consumir ketchup (boicotea los productos israelíes y estadounidenses); también me muestra una fotografía del Che Guevara, que lleva siempre en la cartera, y afirma ser miembro del Frente Popular para la Liberación de Palestina, el movimiento nacionalista fundado por Georges Habache, líder marxista y cristiano, y también terrorista, por cierto. Mohamad, que es muy hospitalario, tiene unos ojos negros muy brillantes y el cabello de un castaño intenso: es la quintaesencia de la belleza árabe. No es gay, no ha hecho su *coming out*, pero reconoce que «se hace preguntas». Los americanos tienen una palabra para eso: ni gay ni bisexual, *questioning*. Como los otros chicos, aquí «está aprendiendo» a ser gay. El homosexual no nace, se hace.

Entre el narguile y el wifi, los clientes del café van siendo más numerosos a medida que avanza la tarde. A las cinco, los camareros «diurnos» son sustituidos por los camareros «nocturnos». No menos de cuarenta bármanes atienden ahora a los clientes y lucen orgullosos sus camisetas negras con el logo de Books@Café, aunque cobren más bien poco (150 dinares jordanos de media, es decir, unos 160 euros al mes, más las propinas). Uno de ellos, Omar, es nuevo. Se trata de un palestino exiliado de Ramala, y Madian me reconoce que lo ha contratado a prueba por solidaridad con su pueblo. Su misión es llevar los narguiles y mantener las brasas para que estén siempre incandescentes. No debe hablar con los clientes.

«Esto es un café muy desterritorializado, como si no estuviera en ningún territorio. Estamos en Jordania, pero podríamos estar en cualquier otro lugar de Oriente Próximo. La gente pasa por aquí cuando no tiene hogar. Todo el mundo sueña con Beirut,

Dubái o Estambul y, en el fondo, con irse a vivir a Estados Unidos». Esta es la interpretación que me hace Madian al-Jazerah. En el Books@Café, la música es sobre todo estadounidense, pero también oigo el último éxito de Shakira, y el público tararea la canción de esa libano-colombiana totalmente globalizada.

La juventud multiétnica del mundo musulmán en mutación se va haciendo más densa y se instala en los sillones de los salones en hilera y a distintos niveles. Ya no estoy en Ammán: ¡estoy en Santa Mónica! Un gorila filtra delicadamente la entrada y hace pasar a todo el mundo, heteros y gays, por el detector de metales. También llegan parejas no tan jóvenes que han reservado mesa. Las mujeres en general no llevan velo, pero veo a una chica que sí lo lleva que juega con su iPhone. Un modelo, de cuerpo esbelto y elástico, me dice que participa en el concurso de Mister Jordania 2010, y, si por mí fuera, le daría el primer premio. Pero por ahora solo figura entre los diez finalistas y, fumando la chicha, me describe sus esperanzas de ganar cuando se celebre la final en Beirut. De pronto, suena el tono de su móvil: es *I Will Survive*, de Gloria Gaynor.

«Al principio, no quería abrir un local gay», me confiesa Madian al-Jazerah. «Abrí varios cafés en Ammán y, en 1997, tuve la idea del Books@Café. Primero era una librería, un cibercafé y un local alternativo. Mi misión es promover la tolerancia, no soy un militante. Pero poco a poco, casi sin proponérmelo, se convirtió en un café *gay friendly*».

Desde las terrazas del bar, se oye cinco veces al día al muecín salmodiar la llamada a la oración. Su voz —difundida hoy por un casete de audio a través de un altavoz— se mezcla con el último éxito de Lady Gaga, dejando perfectamente indiferente al público del café, que, sin embargo, es mayoritariamente musulmán. Ni una sola persona se ha girado hacia La Meca.

El jueves por la noche, víspera del fin de semana en los países árabes, es el día más popular. Hay mucha gente y mucha animación. Los salones de un color naranja intenso un poco hortera, con un papel pintado estilo Vasarely, se llenan, lo mismo que el gran porche, con sus flores coloreadas estilo setentero en las pa-

redes. El café *cool* se convierte en un restaurante *trendy* con la carta enteramente en inglés. Sirven hasta cuatrocientos cubiertos al día: *club sandwich*, ensalada César y BLT, un audaz beicon, lechuga y tomate, que aquí se llama *burguer*, lechuga y tomate, sin cerdo. Los postres: *carrot cake*, *cheesecake* o *pancakes*. Ni un solo plato de Oriente Próximo. A partir de las nueve de la noche, una élite occidentalizada, y no únicamente gay, hace cola a la entrada y, mientras espera una mesa, echa una ojeada a la librería. La banda sonora es ahora *I Got a Feeling*, el último éxito estadounidense del ex-DJ de bares gays parisinos David Guetta. Veo parejas hetero elegantes que hacen ver que se divierten y parejas gays que se divierten de verdad. «Lo cierto es que en Ammán es mucho más fácil ser gay que hetero. Un gay encuentra plan fácilmente, mientras que para un joven hetero es casi imposible», comenta Madian al-Jazerah señalándome con el dedo la fauna nocturna que invade el bar. Refunfuñando, y a veces gruñón, vela por su pequeña comunidad. Su sultanato.

A diferencia del restaurante, que es *cool* y *gay friendly*, el bar interior es más estrictamente gay; los clientes se agolpan en torno a una gran barra de madera, riendo a carcajadas, en un ambiente colorista y alcohólico, otra excepción en esta ciudad musulmana. «Aquí, los que vienen no son clientes, son amigos», se atreve a decir Madian, que tiene bien aprendida su lección de marketing. Pero es un hecho: todo el mundo se conoce, se mueve, baila, se interpela. Un chico llamado Adam, que parece de una alegría inextinguible, me dice, sin soltar la mano de su amigo, que viene aquí «todas las noches». La vida para él parece alegre y fácil.

Como todo el mundo, miro en las numerosas pantallas del local a las cantantes árabes razonablemente destapadas de la cadena musical saudí Rotana, los folletines del ramadán del grupo también saudí MBC, la liga de fútbol jordana en Al Yazira Sport, o los *talk shows* sin tabúes de la cadena libanesa LBC. Una noche, incluso veré en esa cadena *Slumdog Millionaire* de Danny Boyle, que tuvo un éxito inesperado en los cinco continentes y con la que me volveré a tropezar con frecuencia, durante mi investigación, en los bares gays de Indonesia, las discotecas homosexuales de Río o los cafés *gay friendly* de Shanghái. El Books@Café es

probablemente el local más hermoso del mundo árabe. Y no existe en París ni en Nueva York un club tan rutilante. Es una mezcla de narguile y Facebook, de camelleros y Lady Gaga. Cada noche esto se convierte en el edificio Yacobián. Y dentro de este cuento, Madian al-Jazerah es el beduino que ha aterrizado en Rainbow Street, el palestino exiliado que se ha convertido en el dueño *socialite* de un bar gay, el heredero de la cultura de los dátiles transformado en vendedor de Veggie Burger, el meharista que ha convertido su tienda del desierto en la terraza de su hermosísimo café. Seguro que a Lawrence de Arabia le habría encantado.

¿Cómo es que la monarquía hachemita jordana, que no es en absoluto *gay friendly*, tolera ese café extravagante? Es un misterio. Dicen que Madian al-Jazerah tiene buenos contactos dentro del régimen clientelista y antiislamista de Abdalá II, y sobre todo que es amigo de su mujer, la reina Rania al-Yassin, que es palestina y nacida como él en Kuwait. También parece que tiene amistad con la reina Noor, la viuda del rey Hussein de Jordania, estadounidense de nacimiento y protectora legendaria de los artistas gays de Ammán. Sus relaciones en los medios de comunicación también deben de serle muy útiles: su hermano es el presentador de *Good Morning Amman*, un programa de televisión que gusta mucho a los jordanos pero que se emite desde Dubái.

Este oasis es naturalmente objeto de una vigilancia especial. La policía está muy pendiente de la seguridad de la *jet set* árabe y de algunos jóvenes príncipes de la familia real. He visto a policías de paisano merodeando por la noche delante del bar. De vez en cuando, no dudan en detener a un menor a la salida del café, arrestar a un chapero o mostrarse intransigentes durante el ramadán con el consumo de alcohol. «Aquí todo está bajo control», dice simplemente Madian, que también pone algo de su parte. Vigila, por ejemplo, que nadie se bese públicamente. «Evito las manifestaciones excesivas de cariño, y mientras no me pase de la raya me dejan tranquilo. ¡Desde luego que no voy a organizar un Orgullo Gay! Lo que me protege es ese carácter alternativo y contracultural. La actitud *underground*, aunque no nos escondemos, hace que el café sea aceptable para la sociedad jordana».

En 1999, hubo una campaña de rumores, de la cual se hizo eco la prensa, que estuvo a punto de provocar el cierre del local. Madian dejó pasar la tormenta sin reaccionar, pero al mismo tiempo pidió —por si acaso— asilo político en la embajada de Canadá en Jordania. Desde entonces, parece que ha vuelto la calma y el café incluso ha obtenido autorización para vender alcohol, lo cual gusta a los ricos heterosexuales de buena familia, más todavía que a los gays. Y he aquí cómo, gracias a ese posicionamiento mixto, *gay friendly* y elitista, Madian al-Jazerah ha encontrado su modelo económico: un local estrictamente gay sería en Ammán no solo políticamente peligroso, sino también un mal negocio. Al mezclar ambos públicos, el café multiplica sus posibilidades como empresa. Luego vendrán las franquicias: ya ha abierto un segundo Books@Café, más pequeño, en Ammán; y hay sucursales programadas para 2013 y 2014 en Palestina, en Qatar, en Bahrein y en los Emiratos Árabes Unidos. Madian al-Jazerah no es un filántropo, ni siquiera un militante, sino un empresario. Como tendré ocasión de comprobar durante mi estudio, la liberación gay empieza a menudo con los bares y los clubs, es decir, con el comercio y el mercado.

Al despedirme de Madian el Día del Profeta, me doy cuenta de que el Books@Café es a la vez el pasado y el futuro de la cuestión gay, es a la vez «pregay» y «posgay». Ese ambiente intemporal lo hace fascinante. Pregay, porque es un ambiente de antes de la «liberación gay» del mundo árabe, si es que esta expresión tiene algún sentido. Y posgay, porque también es un ambiente que va más allá, que está dentro de una modernidad que yo he visto nacer en el East Village de Nueva York, en West Hollywood en Los Ángeles o en las ciudades del norte de Europa: la modernidad de una vida homosexual menos encerrada entre paredes y más fluida, de una comunidad que no es solamente «gay» ni siquiera «*gay friendly*», sino simplemente «friendly», estando la palabra «gay» sobreentendida. El Books@Café es un local que va más allá de las identidades únicas y las comunidades cerradas. Es anticonvencional, no está encerrado: es posgay.

Pero ¿puede un bar cambiar una ciudad? ¿O un país? ¿Puede cambiar el mundo árabe? No, por supuesto. El Books@Café es un

local demasiado simple para la finalidad compleja en la cual participa y que lo supera: la modernización árabe. Sé hasta qué punto, desde este oasis privilegiado y cosmopolita, estamos lejos de la realidad gay del mundo árabe. Más que un tabú, la homosexualidad en ese mundo es un delito, y a veces, un crimen. Conduce a la cárcel, e incluso a la pena de muerte. Madian al-Jazerah tal vez esté abriendo camino, pero a la liberación gay en el islam todavía le queda un gran trecho.

Ahora ya es muy tarde y el Books@Café se dispone a cerrar. Circulando a gran velocidad por las autopistas de Ammán, acompaño a un grupo de gays que han abandonado el café y se dirigen a un lugar misterioso. Van cantando a voz en grito mientras escuchan el último álbum de la libanesa Elissa. Por primera vez esta noche, los chicos se sueltan y, dentro de su bólido, sacan la pluma. Abandonamos el centro de la capital jordana y, pasando por puentes y túneles, nos dirigimos hacia el norte, ya en el desierto.

En un descampado, en medio de la nada, el coche se detiene. Un tenderete y mucha gente alrededor. Un joven comerciante gay vende café turco y chocolate caliente en medio de la noche. La voz de la cantante Haifa resuena ahora en el desierto. Los chicos empiezan a bailar. Llegan más coches. Por lo visto, noche tras noche, los gays más enrollados de Jordania se reúnen aquí, son asiduos. En Ammán, como en La Habana, en Damasco, en Teherán, en Riad, en El Cairo, en Mumbai o en Beijing, la vida homosexual es una contrasociedad *underground*, anticonvencional, arriesgada y maravillosa. Un temor y una promesa. Jamás la expresión «las mil y una noches» me había parecido a la vez tan inquietante... y tan *gay friendly*.

Durante cinco años, he investigado en Jordania, en Arabia Saudí, en Irán, en Cuba, en Brasil, en China, en Rusia, en India, en el África subsahariana y, naturalmente, en Estados Unidos y en Europa. En total: cuarenta y cinco países. Tanto las naciones *gay friendly* que he visitado como las que no son nada *friendly* en absoluto, con sus avances o pese a sus resistencias, demuestran que efectivamente hay una revolución en marcha. Se está produciendo una liberación gay, acelerada o forzada, en una época de glo-

balización y de cambios inducidos por la cultura digital. Y un fenómeno importantísimo, aún poco descrito, tiene lugar ante nuestros ojos: la globalización de la cuestión LGBT*.

El *american gay way of life* ejerce una influencia decisiva en esta evolución que está teniendo lugar paralelamente en cinco continentes. Por lo tanto, es en Estados Unidos donde hay que empezar este libro. Veremos el papel determinante que desempeña allí la cultura gay y cómo los Estados Unidos alimentan los imaginarios de los activistas de todo el mundo. Paradójicamente, Estados Unidos aparece así para muchos gays no tanto como una nación imperialista, sino como el símbolo cultural, desde Stonewall, de su liberación.

Esta globalización de la cuestión gay, muy americanizada, no se traduce necesariamente en una uniformización: la Unión Europea y América Latina son otros polos de referencia, y la diversidad LGBT sobre el terreno es infinita. Las *line dances* de los bares gays de *cowboys* en Chicago; las veladas gays de tango en Buenos Aires y de samba en Río; las habitaciones gays en Cuba; los equipos gays de Dragon Boating en Singapur; los karaokes, los *snacks* y los *love hotels* gays en Tokio; los transexuales operados legalmente en Irán o la militancia homosexual árabe que reivindica la obra del poeta musulmán Abu-Nuwàs atestiguan, como veremos, una diversidad increíble. Los homosexuales están cada vez más globalizados, a menudo muy americanizados, pero siguen muy arraigados a su país y su cultura. En todas partes del mundo, los gays parecen estar volviéndose idénticos, y sin embargo, en todas partes son distintos. En una época de globalización, la apertura y el arraigo no son antinómicos. Existe un «Global gay», pero también hay numerosos «Local gay». Las singularidades locales de la vida gay y la ausencia de homogeneidad de las comunidades LGBT son fascinantes, incluso cuando se desarrollan bajo la misma bandera.

En todas partes se izan las *rainbow flags*, pero cada cual milita bajo su propio estandarte. No cabe duda: los activistas gays se organizan. En América Latina, donde en algunas capitales se milita

* LGBT: Lesbianas, gays, bisexuales y transgéneros. (Para todas las palabras y expresiones en lengua extranjera y las siglas, véase el Glosario al final del libro).

desde hace mucho tiempo por la «diversidad sexual», incluso están más adelantados. En China, en Sudáfrica, en India y en Cuba han ganado en los últimos años importantes batallas. El combate también está arreciando en Rusia y en Europa del Este, donde la Unión Europea se mantiene ojo avizor; e incluso en Estados Unidos, donde el matrimonio para todos se convirtió en un tema de política nacional durante las elecciones presidenciales de noviembre de 2012. También avanzan lenta pero inexorablemente las Naciones Unidas, con su secretario general Ban Ki-moon a la cabeza, que ahora es un firme defensor de la causa. En todas partes emergen nuevos actores, y este estudio sobre el terreno pretende darles la palabra. Por decisivos que sean, los activistas LGBT no son los únicos que luchan; hay dueños de *start ups* y gerentes de cafés, abogados, periodistas, presentadores de televisión, diplomáticos, artistas y miles de personas anónimas que también están actuando. Al convertirse en *cool* y al estar conectados, los gays hacen oír su voz. Su subcultura se vuelve dominante. Sus formas comunitarias seducen a las masas. Sus comercios pasan del gueto al *hip*. De cómo la cultura gay, ayer *underground*, se ha convertido en *mainstream*. Este es el cambio decisivo que también hay que contar.

En otros lugares, en un medio hostil, donde lo *cool* se convierte desgraciadamente en sinónimo de *jail*—es decir, en cárcel y, a veces, en pena de muerte—, los gays y las lesbianas también resisten. En Oriente Próximo, en el África evangélica y en el Asia musulmana, que son las tres regiones del mundo más peligrosas para los gays, los he visto luchar pese a haberse convertido ya en enemigos para los islamistas y los fundamentalistas. En Irán, en Arabia Saudí, en Qatar y en los quince países musulmanes donde he realizado mi estudio, pero también en China, en Cuba y en el África subsahariana, he descubierto su asombrosa capacidad de «apañárselas» y de burlarse de las dictaduras, a pesar de las detenciones, persecuciones, chantajes y a veces incluso la amenaza de ser ahorcados o lapidados. Dar la palabra a esos militantes valientes «ordinarios», que en realidad son extraordinarios, también es uno de los objetivos de mi libro.

En esta globalización en curso de la cuestión gay, hay un elemento determinante que lo está acelerando todo: Internet y las

redes sociales. Los homosexuales, que ayer estaban aislados, ahora están conectados unos con otros, y esta revolución, como veremos en las páginas siguientes, es la más importante de todas.

En definitiva, este libro dibuja una verdadera geopolítica de la cuestión gay. Estamos pasando, en Europa y en América, de la penalización de la homosexualidad a la penalización de la homofobia. Ayer era difícil ser abiertamente homosexual; hoy es difícil ser abiertamente homófobo. Un cambio histórico absolutamente inaudito, si uno se para a pensarlo. Cabe esperar que en el resto del mundo se producirán progresos similares en los próximos años.

Este estudio sobre el terreno, inquieto y optimista a la vez, es a fin de cuentas *otra* historia de la globalización en marcha. A través del prisma de la cuestión gay, es posible ver surgir el espíritu de la época: la mutación de las formas de vida, el individualismo sexual, la redefinición del matrimonio, la universalización de los derechos humanos, el poder de la educación y la universidad, la emancipación paralela de las mujeres y de los gays, los nuevos prescriptores culturales entre subcultura y *mainstream*, los resortes del mercado, del comercio y del turismo, la urbanización y la emigración masivas y, finalmente, los efectos decisivos del teléfono móvil, las televisiones por satélite, Internet y las redes sociales. Tomada como hilo conductor de la evolución de las mentalidades, la cuestión gay se convierte en un buen criterio para juzgar el estado de una democracia y de la modernidad de un país.

El presente estudio se basa en la convicción de que los derechos de los gays a nivel internacional están convirtiéndose en una cuestión de derechos humanos. La despenalización universal de la homosexualidad avanza, impulsada por el movimiento gay, por gobiernos progresistas y por la sociedad civil. Contar esta historia es una forma de contribuir a ese combate, a fin de animar a los que luchan en los cinco continentes y movilizar a los que quieren ayudarles. Creo que aún es posible explicar el mundo a través de largas investigaciones sobre el terreno e intentar hacer cambiar las cosas con un libro.